

2006

Justificación, Sanación y Responsabilidad

Guillermo C. Hansen

Luther Seminary, ghansen001@luthersem.edu

Follow this and additional works at: http://digitalcommons.luthersem.edu/faculty_articles



Part of the [Christian Denominations and Sects Commons](#), and the [Christianity Commons](#)

Recommended Citation

Hansen, Guillermo C., "Justificación, Sanación y Responsabilidad" (2006). *Faculty Publications*. 218.

http://digitalcommons.luthersem.edu/faculty_articles/218

Published Citation

Hansen, Guillermo C. "Justificación, sanación y responsabilidad." In *Para que puedan vivir: la comunión luterana escucha y responde en el VIH y sida*, edited by René. Krüger and Lisandro Orlov, 1st ed., 107–111. [Geneva]: Federación Luterana Mundial, 2006.

1.

JUSTIFICACIÓN, SANACIÓN Y RESPONSABILIDAD

Dr. Guillermo Hansen

Decadencia, crisis, fragmentación, violencia, angustia, depresión, desencanto, malestar... ya estamos familiarizados con estas nociones que circulan sin cesar en los diarios, la radio, la TV; entre los políticos, pensadores, novelistas; y aún en nuestros propios hogares. Nadie puede definir exactamente lo que significan, pero percibimos que las características de la existencia posmoderna ponen al descubierto enfermedades y dolencias que transmiten una crisis de solidaridad, es decir, la incertidumbre que produce el abandono y la crudeza donde parece imperar el más fuerte. Ante este escenario, es más que necesario avizorar las intersecciones donde la existencia cristiana pueda encarnar un sentido distinto a la crisis que vive nuestra época.

¿Qué aporta la fe cristiana a todo esto? Aún más, ¿qué aprendemos en esta crisis? Curiosamente lo que la fe puede aportar es también lo que puede ganar: una nueva sensibilidad y responsabilidad ante la vida. La fe cristiana tiene hoy una responsabilidad cultural y social de integrar las temáticas asociadas al dolor, la marginación y la crisis con los núcleos de su fe. Puede así aportar una sensibilidad que aprende en el terreno, en el lugar mismo en que Dios nos sale al encuentro. El tema de la iglesia es la esperanza, esperanza ante la vida amenazada, lo que significa que la fe no apunta a una simple provincia espiritual, sino al testimonio del Espíritu de vida donde cada persona hace una diferencia, donde cada uno es importante. La esperanza está ligada así a la cuestión del valor que encontramos asociado a la cruz de Cristo.

Es por ello que merece la pena preguntarnos sobre aquella enseñanza que formula la relación entablada entre Dios y la creación. La doctrina luterana de la justificación por la gracia a través de la fe es una de estas doctrinas que compite con otras visiones alternativas – religiosas o no – a la hora de simbolizar las cualidades que componen el tejido último de la realidad. La tradición del luteranismo propone ver la cultura y la sociedad desde la “información” contenida por la

acción de Dios en la persona de Jesús, el Cristo. Es un llamado a ser personas, libres, viviendo en responsabilidad con la vida que se nos ha otorgado, pero donde nadie puede erigirse como un poseedor absoluto, más perfecto, de la bendición de Dios. En verdad este mensaje nos dice que todos estamos implicados –siempre– en un proceso de sanación que va develando nuestra vocación humana.

El mensaje de la justificación por la fe es una respuesta a la pregunta más radical de todas, ¿vale la pena vivir? Pero esta pregunta no es abstracta sino que deben formularse desde las problemáticas cruciales que confrontan a una cultura y sociedad. Si no lo hacemos, la “respuesta” de la justificación por la fe cae como un rayo desde la nada. Por ello el propósito de esta enseñanza sólo se descifra y despliega cuando se conjuga desde las luchas que acompañan lo cotidiano y desde los dilemas culturales y sociales que confrontan a la humanidad. Desde las dudas que surgen frente a las posibilidades que abre la biotecnología hasta las heridas que infligimos a nuestro medio ambiente. Desde el dolor y la incertidumbre del hambre y el desempleo hasta la angustia que provoca vivir en una economía regida por el capital especulativo. Desde la orientación sexual que media nuestra humanización hasta la discriminación de la cual somos objetos por ser “portadores”. En todos estos “lugares” –para mencionar unos pocos– resuenan alternativas sociales y propuestas culturales que permanentemente se interrogan sobre el valor y el propósito de la vida. Son estos lugares los que levantan en forma implícita la pregunta sobre la posibilidad de la plenitud, de la consumación, de la sanación.

Ninguna doctrina religiosa puede disipar todos los problemas, ni aún contestar todas las preguntas. Pero nos da esperanza, sobre todo cuando nos arroja algo de luz sobre relaciones y presencias ya existentes –aunque opacas– en nuestra vida cotidiana. La esperanza nos ayuda a des-velar, o si se quiere, re-velar. En efecto, el asunto último, final, decisivo, es si el mensaje de la justificación nos permite percibir la trama de lo trascendente escondido en la urdimbre de nuestras crisis. Si allí no hay indicios de esperanza, si carecemos del lenguaje para afirmar que aún las crisis más severas siguen siendo sostenidas por el Dios crucificado, en fin, si la promesa de la sanación de nuestras existencias no se percibe integrada a nuestra condición humana, entonces ya no cumple el cometido que alguna vez tuvo.

No es fortuito que otra de las intuiciones de Lutero sea que sólo al pie de la cruz se hace inteligible el mensaje de la justificación. ¿Qué significa esto hoy? ¿Qué puede llegar a significar esto para los que viven con el VIH-SIDA? Y aquí es donde adquiere verdadero sentido la esperanza cristiana fundada en la promesa de sanación y planificación. Esta es la “devolución” que la iglesia y la teología ofrecen a la cultura y la sociedad desde el pie de cada una de sus cruces: acompañar al que

sufre no sólo en su dolor, sino en su dignidad; no sólo por lo que es, sino por lo que ha sido llamado a ser; no por lo que hizo o dejó de hacer, sino porque es una criatura pecadora a la que Dios se arrima. Por ello la vida es santa – aún en sus límites.

La experiencia de Dios, como Lutero supo bien, se esconde en y a través de otras experiencias, en lo aparentemente contrario a lo que creemos es la majestad y la gloria divinas. Así lo trascendente se comunica a través de las dudas de la fe, la soledad y falta de auto-estima, la desesperación frente al amor, la impotencia ante las poderosas fuerzas económicas, la frustración con las infidelidades o ante la desesperación de sentirse un desechado. Todos estos momentos y lugares poseen el potencial de abrirse como espacios donde Dios actúa incesantemente para hacer de las criaturas participantes integrales de la propia dinámica de un Dios que sufre y libera. Por esta razón el mensaje y la doctrina de la justificación articulan un aspecto esencial sobre los propósitos del fundamento mismo de la realidad: Dios mismo se halla particularmente presente allí donde la creación duele más, donde se abren los agujeros negros de la desesperación.

Así la justificación-sanación es puesta en un nuevo y diferente plano. En verdad la sanación que pedimos, la sanación que necesitamos, la sanación que hace que todo lo que existe valga la pena, es una sanación comunitaria, una sanación sistémica y holística, un rescate de nuestras personas que nunca son separables de sus relaciones significativas. Si el Espíritu de Dios es lo que entrelaza la creación entera, la resurrección es la apertura a ese Espíritu que promete a todos ser partícipes de una plenitud. Constituye un aporte esencial para una cultura y sociedad que integre más y mejor a todos sus miembros. Y esta integración comienza desde lo liminal, vulnerable y marginal, de lo cual la comunidad cristiana da testimonio en su adoración, práctica y comunión.

Recibir el mensaje de la justificación que es promesa de sanación invita a nuestra transformación en miembros integrales y responsables de ese circuito o tejido que nos sostiene. La comunidad eclesial es el primer ámbito para ello. Pero nuestras vocaciones y oficios son también canales en los cuales Dios expresa su amor. Así el “cóctel” que tomamos para controlar la expansión de la enfermedad en nuestros cuerpos, los hospitales y centros de salud que nos tratan y curan, la psicóloga que nos acompaña por los laberintos de nuestra mente, el científico que investiga nuevas técnicas para mejorar las condiciones de vida, las asistentes sociales que brindan sus cuidados, el enfermero que nos cambia las sábanas y nos ayuda a peinarnos, son en verdad señales y anticipos de una sanación cuya plenitud todavía aguardamos. De ahí la trascendencia que también adquieren

las instituciones sociales y políticas, al igual que las estrategias económicas, en la configuración de ambientes propicios para la salud y la sanación.

Cuando las vidas son sanadas, éstas aparecen como pequeños “sacramentos” de la vida plena que ha sido prometida en Cristo. El Espíritu Santo se regocija con ellas, sana a través de ellas, proclama que vivir “vale la pena”. Pero esta salud corporal y psicológica sin la perspectiva final de la sanación plena de Dios nos puede llevar a pensar que Dios sólo busca sanar individuos. No es así, Dios busca personas, personas enteras. Por ello las curaciones parciales son signos importantes de la benevolencia divina, es verdad, pero adquieren su verdadera significación a la luz de lo que Dios pretende para la creación toda. La sanación recibida a través de todos los medios a disposición de Dios -personas, instituciones, plantas y minerales, arte y literatura, historias y relatos, planes y estrategias- son también medios por los cuales Dios nos coloca como partícipes integrales de su creación. Por de pronto, desde esta perspectiva, nada puede ser realmente sanado si no es recibido primero como un regalo gratuito que Dios pone a nuestra disposición. Es una dádiva de ese Espíritu que nos comunica un amor que todo lo sondea. Ser sanado significa recibir y participar, pararse y seguir, esperar y buscar.

Por esta razón la perspectiva de la justificación coloca el tema de la sanación como una realización de la *koinonía*, una comunión entre todos los seres humanos y su entorno. Si confesamos que Cristo es el fundamento y salvador del mundo, su alfa y omega, la sanación que se recibe jamás puede convertirse en una cosa que se posee, una curación que se ha conquistado, un bien que se ostenta. En realidad es algo que se “tiene” en la medida que fluye hacia otros, en la medida en que nos conecta con los entornos sociales y naturales. Se “posee” en la medida en que también se da y se recibe.

La sanación requiere de sus ritos. Aquí también recordamos a Lutero, en especial su concepción de los sacramentos y más particularmente de la Santa Cena. De alguna manera la eucaristía es el rito de sanación más completo, más cabal; el lugar donde según Lutero intercambiamos nuestro disvalor por el valor que nos otorga Cristo. Si se quiere, es una intersección donde se intercambia “información”: nos constituimos en verdaderas personas en la medida en que recibimos nuestras personas desde la presencia vivificante del Espíritu. De este intercambio participan no sólo conciencias, sino elementos de la naturaleza – otros medios que acarrear “información salutífera”. También este rito habla de la comunidad que se crea al compartir simbólicamente la misma copa y el mismo pan, significando que todo lo que somos y poseemos pertenece en rigor al otro. Finalmente, también habla del objeto de esa gracia, nuestras personas íntegras. Palabras y

elementos, información y naturaleza, confluyen para integrar cuerpos, mentes y vidas con otros seres humanos y con el entorno natural. Allí está Dios.

Nuestra práctica pastoral cristiana implica así una nueva existencia “encantada” frente a nuestro tiempo, una nueva valoración de las cosas, una renovada pasión y responsabilidad ante la vida. Es un espacio que va formando un perfil, un carácter, inculcando ciertas virtudes. La práctica de la mutua consolación, de cargar con nuestras cargas, de recibirnos nuevamente en los otros, son las cosas cotidianas que transmiten una especie de “cultura”, una forma de estar en el mundo. Nuestra convicción es que esta forma de “estar” y caminar es la forma en que Dios se ha elegido comunicar.

El Dr. **Guillermo Hansen** es Pastor de la Iglesia Evangélica Luterana Unida, Doctor en Teología (LSTC, Chicago) y Profesor titular de Teología Sistemática en el Instituto Universitario ISEDET.